



ELADIO CABAÑERO: RECORDATORIO

# Amigo Eladio

*Meliano Peraile*

Eladio Cabañero se nos ha ido de puntillas. Unos pocos amigos nos hemos enterado de su definitiva, silenciosa ida, la mayoría de los periódicos no; la mayoría de los periódicos –salvo loables excepciones– están, por lo que se lee, para unir su voz al coro del cotilleo. Casi a la vez que Eladio se nos fueron dos escritores eminentes, pero no más altos que Cabañero. De la muerte de los otros dos que digo se dio por enterada abundantemente la prensa hablada y escrita, que copiosamente trajo noticia de sus obras, biografías y otros detalles de sus vidas. Sobre la honrada vida y la cumplida, hermosa obra de Eladio nos han aportado los periódicos unas líneas de Capmany, Quiñonero, unas atristadas, sentidas palabras de Manuel Alcántara, un par de columnas de Florencio Martínez Ruiz,

dos sentidos artículos de M. Ríos, y pare usted de contar, que yo sepa. Carlos Sahagún, Félix Grande y unos amigos y deudos de Tomelloso estuvieron con él al borde del ataúd, hasta el borde de la huesa. No hubo presidentes ni otras empuñadas autoridades, en el sepelio. Unos paisanos suyos, poetas, acogidos por la Casa de Castilla-La Mancha, le organizaron un homenaje en el que intervinieron Galanes, Nicolás del Hierro, López Martínez y Gómez Moreno, homenaje que resultó amistoso, emocionante, y no fue multitudinario ni estuvo exornado de autoridades



*E. C. con amigos de Tomelloso.*

manchegas ni de primeras figuras madrileñas. El modesto hecho de que fuéramos treinta los asistentes al acto en memoria de Cabañero no nos chocó porque ya se sabe que para congregar a multitudes en un suceso mortuorio el finado debe haber sido autor de musiquetas ramplonas, millonario del fútbol o vedette folklórica. Mientras oía las palabras de los poetas homenajeadores en la Casa de Castilla-La Mancha, y advertía el escaso auditorio, me consolaba la idea de que algunos paisanos de Cabañero en Tomelloso, le están preparando un libro con

## RESUMEN:

Meliano Peraile, el escritor conquense de quien ya nos ocupamos en un anterior entrega de *Añil* (el nº 19), fue también amigo de Eladio Cabañero. Con él compartió tertulias y momentos en Madrid, Tomelloso y otros puntos de España, uno de los cuales, un accidentado viaje por Lérida, narra en este artículo. El mismo forma parte del texto que su autor leyó con motivo del homenaje que unos amigos dedicaron a la memoria de Eladio en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, el pasado mes de Enero.

Centro de Estudios  
de Castilla-La Mancha

poemas suyos y prólogo de Manuel Alcántara. “Me va a salir una elegía”, le oí decir por teléfono a Manolo cuando hablábamos del hueco y la brecha en el lado izquierdo que nos ha dejado Cabañero y del prólogo que Manolo iba a escribir.

Conocí a Eladio en su pueblo manchego, a finales de los años cincuenta, cuando me concedieron allí el premio llamado “Fiesta de las letras”. Llegué a Tomelloso, donde no tenía el gusto de conocer a nadie, quitando a García Pavón, me encontré en seguida con Eladio, que me acompañó a la comida y, al concluir el almuerzo, me invitó a una partido de fútbol que jugaban el Albacete y el Tomelloso. Al anochecer de aquel día de fiesta literaria, fuimos los premiados de prosa y verso, Juan Emilio Aragón, Salustiano Masó, y Meliano Peraile, en desfile con nuestras damas de honor al brazo, siguiendo al mantenedor, Pepe García Nieto, y a la Reina, por todo el pueblo, de punta a punta, desde el ayuntamiento al teatro, donde intervinimos en una función de gala literaria. Cenamos luego una cena veraniega en unos jardines y, cuando Eladio y otros nos dejaron a los premiados en la puerta del hotel, rayando el día de agosto, ya todos éramos amigos. Ganó Eladio el “Premio Juventud”, por su emocionante, hondo poema “El pan” (... “porque los suicidas nunca cruzan los trigos”), y, poco después, aquel gobernador civil, amigo de escritores, Del Moral, y aquel espléndido periodista y buen amigo, Salvador Jiménez, hicieron lo imposible por traerlo a Madrid, a la Biblioteca Nacional. Ocurría que el labriego y albañil ascendía, de pronto, a letrado funcionario; de pronto, “allegados eran iguales/los que viven por sus manos y los cultos” Eladio, el de las manos hechas al palustre y al astil de la herramienta campesina había ascendido a la burocracia. Alguien me ha contado que lo del trato con el libro le venía a Cabañero desde sus adolescentes años lectores. Alguien me ha contado que el Eladio mozo solía meterse en la biblioteca pública de su pueblo cuando volvía del trajo o del andamio (“ayúdame a amarrar las cruces de este andamio / ten precaución, sujeta fuerte no sea / que por mirar a una pájaro pararse / o una muchacha hermosa en su ventana / no queden bien sujetos estos postes”). De por ahí, de sus vespertinos amores con la biblioteca de Tomelloso debía de venirle a Eladio su conocimiento de la poesía española moderna y antigua: le he oído recitar de memoria y de corrido a clásicos y contemporáneos. Eladio que no colgó un título de bachiller, era el mejor profesor de literatura impartiendo espontáneamente lecciones de poesía, en la tertulia o durante el paseo. El me confirmaba en mi idea de que el mejor taller de aprendizaje literario y quizá el único eficiente es la buena lectura. Siempre tuvo amenazante y abandonado su problema de la vista. Si no recuerdo mal, Félix Grande y Paca Aguirre lo salvaron llevándolo de urgencia al hospital cuando la diabetes le brotó brusca y gangrenosamente en sus partes íntimas. Nunca hasta sus últimos enfermos años se cuidó, pues, de haberse cuidado, habría advertido que su excesiva cortedad de vista debía de venirle por algún interno achaque. Lo recuerdo en la redacción de la “Estafeta literaria”, donde el peón llegó a ser redactor jefe, lo recuerdo llevándose la galerada al borde de la pestaña para poder leer y corregir el escrito, y lo recuerdo durante su casi retiro, en su mesa del Ministerio de Cultura, pegando prácticamente el ojo al folio, con su esfuerzo por leer. Pienso que toda aquella flojera de vista le resultaba de su invasión de azúcar en su sangre, diabetes que, por desprendimiento de sí mismo y por pura generosidad vital, no puso en manos de médicos hasta casi el final.

## Espíritus resurrectos

Le debía a Eladio estas líneas por las razones que se desprenden fácilmente de lo antedicho, y porque considero que, a su

muerte, la crítica literaria y la crónica social no le han respondido, no lo han tratado con la atención, el espacio, la nota y el reparo que merece su poesía, a mi modo de leer y sentir la más original, la más genuina, de su generación y una de las más inventoras de la literatura española. En una ocasión me decía: “Date cuenta, Meliano, de que somos resurrectos, y un resurrecto debe ser puro espíritu, sin necesidad de quejarse ni de otros argumentos y bienes”. Lo de resurrector él y yo, es verdad y tiene que ver con que gracias a Eladio, a su fortaleza física en la ocasión a que voy a referirme, seguíamos respirando cinco escritores que, una mañana de jornadas literarias por la provincia de Lérida, ahora Lleida, cuando bajábamos, en un jeep, al valle del río Noguera Pallaresa, desde una pista allanada en las cumbres de los Pirineos, nos fuimos, de un motorizado salto al fondo del río. De pronto nos encontramos con todo el río encima, el auto cerrado y el agua entrando en el vehículo por el cristal roto de una de sus estrechas ventanillas.

- Los compañeros de los “yips” que vienen detrás nos han visto caer y acudirán a sacarnos –dijo uno de los naufragos.
- Cuando vengan nos hemos ahogado –agoré descorazonado.

No podíamos salir del todoterreno, por la estrechez de las ventanillas, porque la puerta de atrás estaba cerrada por fuera con una trancha y porque no había manera de abrir las otras puertas contra las que empujaba la presión del agua. De repente, el nervio y el vigor de Eladio le dieron un empujón a una puerta que no pudo resistir el nervio y la pujanza de Cabañero, la puerta se abrió y el río se nos coló a oleadas en el “jeep”. Nos sobrevino este accidente en mil novecientos cincuenta y ocho, hace casi medio siglo y aún me asombra el aguante y la serenidad con que nos comportamos y que nos permitieron, cedernos, cortesmente el paso para salir uno a uno, mientras nos estábamos ahogando. Manuel Alcántara y Daniel Sueiro ya venían nadando hacia los naufragos que éramos Meliano Peraile, Medardo Fraile, una periodista catalán muy conocido cuyo nombre, sin embargo no logro recordar, el conductor del jeep, el propio Eladio Cabañero, a quien, por lo que acabo de contar, debo la vida y, por primera vez lo digo, debo también un admirable soneto: “Para Meliano Peraile en verso y prosa”, que me dedicó en su libro “Recordatorio”. Así que, comparadas con lo que él me regaló, estas líneas memoriales son una magra, mínima correspondencia.

Que Dios lo tenga en su gloria, que en la gloria literaria ya está, y en nuestros corazones, y que en el aniversario de su muerte los medios de comunicación le sean un poco más generosos, o, por mejor decir, justos.

Mientras escribo estas líneas me entero de que la tertulia del infatigable Rafael Montesinos, le dedica una sesión a Eladio, en la que intervienen como solistas Paca Aguirre y Antonio Hernández. *Cuique suum.* ■